

PREPARANDO UN CENTENARIO

La historia de la restauración de Silos en un capítulo del epistolario inédito de Dom Guépin

Silos se prepara a varias fechas aniversarias:

1969, diez siglos y medio del primer documento de su historia. Después de una prehistoria tricentenaria, que anubla la mirada del investigador entre la bruma de las hipótesis, Silos sube a la historia real el año 919, por obra y gracia de una carta de Fernán-González, el conde castellano (1). Mabillon había creído que nos encontrábamos ante la carta fundacional. La frase «offerimus fundamentum ipsius loci» le indujo a esta idea. No es fácil mantener esta posición. No importa; lo que no admite duda es que este instrumento nos ofrece la primera fecha histórica de la abadía silense y que es la puerta por la cual entra

(1) «M. Férotin» Recueil des chartes de l'abbaye de Silos» (Paris, Imprimerie Nationale, 1897), pág. 1.

Dom Férotin piensa, más bien, basado en la misma crítica interna del documento, que no se trata de una carta fundacional, sino de una simple donación.

«Histoire de l'abbaye de Silos» (Paris, 1898), pp. 8-11.

Parece que no se puede dudar con seriedad de la autenticidad de este documento.

en la documentación escrita. La fundación de Recaredo en 593 (2) y la donación de San Frutos, en tiempos de Alfonso III el Magno, después de sus campañas hasta la ribera del Duero (s. IX)... entran de lleno en el dominio de lo legendario. La fecha 919 queda, pues, como primera data segura en la historia silense.

1973, nono centenario de la muerte de Santo Domingo. Datación incontestable, transmitida a nosotros por un testigo presencial, el monje Grimaldus (3).

Y 1980, primer centenario de la restauración de la abadía de Silos, por los monjes de la Congregación benedictina de Solesmes.

919-1969: 1073-1973; 1880-1980.

Esta catarata de fechas invita a un trabajo serio sobre la historia de la restauración. De este modo se podrá escribir el último capítulo de los anales silenses, que está todavía sin nacer. La mirada analítica y exigente de Dom Férotín no tuvo la ocasión de abordar un tema tan apasionante; en 1896, los hechos no habían adquirido aún una perspectiva suficiente para atraer la atención del investigador. «No nos corresponde a nosotros —dice el sabio historiador en su «Histoire— (4) narrar aquí los episodios de esta tercera restauración. Otros lo harán tal vez un día, y seguramente no será el capítulo menos interesante de la historia de Santo Domingo de Silos». Los acontecimientos andaban todavía en rodaje. El mismo Dom Férotín se había visto convertido en peón del tablero, y un mínimo del sentido del pudor le imponía un silencio sagrado. Los hombres y los hechos, por otra parte, se encontraban aún en ese período en que la proximidad excesivamente inmediata a la visión a un perfil demasiado concreto, desgrosándolo del plano general y desnudándolo de su contenido y significación, Es una pe-

(2) Se funda esta tradición en el texto aducido por D. Alfonso de [Cartagena en su «Annalia Gothorum»: «Monasterium dictum hodie Sanctus Dominicus Silensis [...] edificavit Recaredus, Leovigildi filius, et frater Hermenegildi martyrir Hispalensis, anns 593».

Cfr. «Férotín, Histoire» pág. 2.

(3) «Vita beati Dominici», ed. «Sebastián de Vergara», «Vida y Milagros del thau-maturgo español... Santo Domingo de Silos, abad benedictino, reparador de el real Monas-terio de Silos» (Madrid, 1736) apend. pp. 368 370.

(4) «Histoire», pág. 197.

na; la «Histoire de l'abbaye de Silos» hubiera contado con un capítulo más. En él, el autor nos habría diseñado con mano maestra las diversas etapas de la resturación de la abadía milenaria.

Pero hoy, cien años de distancia nos sitúan ya en un mirador lo suficientemente elevado para que los árboles no nos tapen el bosque. El siglo XIX ha empezado a ser historia. Los estudios en torno a las desamortizaciones, por ejemplo, han empezado a llenar las páginas de las publicaciones. A nosotros nos corresponde ahora entablar con sinceridad esta tarea.

La fecha 1973, fecha centenaria de la muerte del santo abad silen- se, autor de la primera restauración, es una ocasión en que se impone abordar en toda su amplitud el tema de la última. La empresa —si se ha de acometer con seriedad— va a exigir una labor paciente y minuciosa de varios años: compilación y transcripción de cartas, estudio de documentos, reunión y seleccón de artículos de Prensa, publicaciones, etc., etc. Este quinquenio de tregua puede ser suficiente, si se ponen manos a la obra con diligencia. Una labor precipitada e improvisada nunca podría llenar el hueco que falta en la historia de la abadía, ni sería un homenaje digno del primer restaurador.

Hay que acometer la campaña desde muchos frentes. Hoy no quiero cooperar en la acción sino en plan de recluta, aportando esta colección de cartas inéditas de Dom Guépin. Los datos nuevos que nos ofrecen no dejan de ser interesantes, Pero lo interesante, a mi juicio, es esa panorámica interior del temple del alma del hombre que pilotó las naves en los años duros en que había que navegar a vela y remo contra viento y marea. El alma de Dom Guépin, abierta y comunicativa, se franquea de par en par en estas cartas confidenciales a su «alter ego», el abad marsellés Dom Cristhope Gauthey.

Esta es la finalidad de mi trabajo: por conocimiento de una correspondencia de notable interés entre estos dos hombres —Guépin y Gauthey, la «avispa» y la «paloma» (5)— pue encarrilaron la

(5) Dom Guépin y Dom Gauthey habían sido compañeros de noviciado, bajo la dirección de Dom Gueranger. Entre ellos, desde el primer momento se había establecido

marcha de los monasterios de Silos y Santa Magdalena de Marsella, respectivamente, y cuya intimidad nos ha permitido hoy seguir en sus cartas paso a paso; primero, los tanteos; luego, la marcha lenta, y finalmente, la consolidación de la obra de la restauración de la abadía castellana de Santo Domingo.

Una exploración en los archivos de la abadía benedictina de Hautecombe (6), me puso en contacto, al azar, con una gruesa carpeta de correspondencia silense. Entre ella, dos paquetes apretados de cartas de Dom Alphonse Guépin. El primero contiene 33 cartas y un telegrama de Dom Alphonse desde Solesmes, Ligugé y Roma, fechadas entre 1861 y 1879. El segundo, cuenta con más de un centenar. La primera, está datada en Solesmes, a 23 de julio de 1880 —unos meses antes de la restauración de Silos—, y la última, escrita desde el lecho de muerte, en enero de 1917. La signatura de esta carta, vacilante, ilegible, es sumamente impresionante. Un amanuense —tal vez el P. Santiago Alameda— ha ido escribiendo, al dictado, párrafos cargados de una enorme clauvidencia del fin. Da la impresión del atleta, herido sobre la arena, que va contando, uno a uno, los últimos minutos de su vida.

una estrecha intimidad, pero su temperamento era harto diferente, casi antitético: mientras fr. Guépin era dinámico, intuitivo, hombre de resoluciones rápidas, osado, emprendedor y en su imaginación bullía siempre un borbotón de ideas y proyectos, fr. Gauthey era dulce, callado, de una sensibilidad casi femenina, artista integral, hombre de profunda vida interior, mesurado, comedido, un verdadero místico. A Dom Gueranger le gustaba hacer un juego de palabras con sus nombres y sus temperamentos. Guépin («guépe»; avispa y «pin»:) pino) era «fray avispa»; fr. Christophe Colombe Gauthey («colombe»: paloma) era «fray paloma». Estos apelativos siguieron circulando en los círculos de los primeros discípulos del primer abad de Solesmes. En la intimidad, ellos se llamaron mutuamente así hasta el fin de su vida. Y en sus blasones abaciales ambos reflejaron este dulce recuerdo del noviciado, acuartelando en sus escudos pontificales «avispas» y «palomas» respectivamente.

(6) La abadía de Sainte Madeleine d'Hautecombe está en la Baja Saboya, junto al lago de Bourget, cantado por el poeta Lamartine. Fundado por el mismo San Bernardo en 1139, fue ocupada en 1922 por los monjes benedictinos de la Congregación de Solesmes procedentes del Monasterio de Santa Magdalena de Marsella, de donde habían sido expulsados por la revolución francesa a fines del último siglo.

Es panteón de la casa real de Saboya. Posee un rico archivo monástico.

«...Ya no soy más que un viejo sin fuerzas e impotenté. Hay que aceptarme como soy. Ya no puedo moverme más que sobre un sillón de ruedas. ¡En fin, soy una ruina!

Que quiera o que no, ya tengo 80 años pasados. Es una edad bonita. Pero el término se acerca. Quiera o no, es necesario prepararse a comparecer delante de Dios. Ojalá esta primera entrevista me sea lo más favorable posible. Quiera Dios darme un lugar en su santo paraíso. Hay muchas cosas que perdonar. Espero que quiera aceptar mi sacrificio vespertino. Estoy ya al cabo de mi vida. Y no seré yo quien pida alargarla por más tiempo. ¡Larga vida monástica! Me hace temblar por la responsabilidad».

...«Nos vamos acercando hacia Dios...» (7).

Una mano temblorosa ha puesto remate a estas frases, con unos garabatos oscilantes de niño que no sabe escribir; deja opresión en el alma, al recordar aquella rúbrica —alegre, redondeada, subrayada con una hermosa clave de sol ágil y musical— de sólo unos meses antes. Entre esta rúbrica de un anciano moribundo y la fecha de julio de 1880, este paquete contiene toda la historia de la restauración, a caballo de esa literatura chispeante e imaginativa del epistolario de Dom Guépin. Hoy sólo queremos dar a conocer este capítulo inédito del epistolario.

El período abarcado en esta colección de cartas (1880-1917) comprende todo el abadiato de este hombre, a quien le cupo la brega de las primeras horas: 37 años que considero clave en la historia de la restauración.

Dom Guépin no era tacaño en noticias y menos con su gran amigo el abad marsellés. Sus grandes dotes de conversador y su visión simpática de la vida, hacen sumamente ameno y enriquecedor el recorrido de estas cartas. Esa vena del temperamento francés, que sabe dar calor a lo anecdótico de la vida, y que acierta a descubrir el valor

(7) Archivo de Hautecombe, Correspondence de Dom Gauthey. 2.º paquete última corta de Dom Guépin. Ver: Apéndice.

del detalle pequeño, y ese rasgo no menos francés, que le hacía incapaz de resistir al menor asalto de la curiosidad, han hecho subir a las líneas de su epistolario todas esas pequeñas minucias de la vida cotidiana, que sitúan en su verdadero marco los acontecimientos de estos días. Su noticiario es siempre entretenido. Tiene un sentido exacto de la descripción, y cautiva fácilmente. Sabe emplear el argumento de la noticia casera para el mantenimiento de la amistad, para solicitar ayuda, incluso para romper la tensión en situaciones de cierta tirantez. En resumen, Dom Guépin es un habilísimo manejador del arte epistolario.

Todas estas cartas —desde Silos, Madrid, o incluso otras partes— están dirigidas siempre a Marsella, a la abadía de la rue d'Aubagne. De Marsella viajaron a Chiari (Italia) en las valijas de dom Gauthey. Y a la muerte de éste, pasaron a enriquecer el archivo de la Comunidad; con todos los demás papeles de sus fondos, vinieron al rincón saboyano de Hautecombe en 1922, donde he tenido la fortuna de localizarlas. Las montañas auteras que rodean el lago de Bourget me han recordado muchas veces los picachos llenos de fuerza y seriedad de Tejada o Santa Bárbara, o las lomas aviejadas de la pared montañosa de Contre-ras. También las galerías tortuosas de ladrillo rojo y sus viejos paredones, con cuadros polvorientos de abades de otro tiempo, de la abadía de la Saboya, me han recordado muchas veces los pasillos tortuosos y cargados de años de la abadía castellana. Allí he ido transcribiendo pacientemente las cartas de Dom Guépin, con el panorama de un pequeño claustro neoclásico ante mi ventana y el eco insinuante de las olas del lago.

Me he familiarizado con su letra. No me sería difícil descubrirle detrás de los rasgueos de su pluma. Es una escritura decidida, redondeada, que llena por todos los rincones los pliegos de esta correspondencia. Es fácil descubrir al hombre exhuberante, repentizador, y con un sentido algún tanto anárquico y personal del orden. Algunos rasgos descubren al hombre tenaz. En un rincón de estos pliegos —abarrotados de escritura, con añadiduras y enmiendas abundantes— se agazapan indefectiblemente unas líneas a tinta roja de la mano de dom Gau-

they. En ellas, el abad marsellés —con sobriedad y con un gran sentido de lo concreto— ha resumido en el minimum de palabras la riada de frases de su amigo.

Al principio, la correspondencia menudea. La proximidad de las fechas convierte el epistolario en un tiroteo literario. Las cartas largas van poco a poco disminuyendo. Las fechas se van distanciando. Hasta que los últimos años la correspondencia queda confinada en las fechas aniversario de su calendario sentimental. Pero así se conserva, sin baches ni intermitencias, hasta que se rompe la salud de Dom Guépin. Todavía entonces encuentra el recurso de un amanuense; las últimas cartas sólo llevan su espíritu, siempre vivo y despierto; en su firma ya no se puede descubrir más a aquel infatigable «fray avispa» de dom Gueranger.

* * *

Para comprender mejor el epistolario, he creído útil preceder la transcripción de las cartas en una breve semblanza de ambos correspondientes.

Igualmente —y con el fin de facilitar el trabajo de expolio y utilización— he trazado el esquema histórico de la restauración, tal como se desprende del fondo del epistolario. En este apartado, he prescindido voluntariamente de otros datos y enfoques de los problemas, que pueden ofrecer otros escritos y publicaciones. Se trataba únicamente de engarzar todos y solos los datos contenidos en el epistolario, y ver qué puede dar de sí este fondo documental como aportación a la historia silense en este último capítulo de la restauración.

Finalmente, presentaré la publicación, transcripción, traducción y anotaciones de todas las cartas.

No dudo que las piezas de esta correspondencia pueden ser una buena contribución a los trabajos que se preparen como homenaje en el IX Centenario de la muerte de Santo Domingo de Silos.

La fecha que hemos elegido no nos parece del todo inoportuna: a cinco años de distancia de este centenario, nos encontramos que estas cartas — apenas entradas en la historia —, vienen a dar la mano al documento más favorable de Silos, cuando cumple sus 1.050 años.

1. DOS HOMBRES SOBRE EL TABLERO

Esta colección de cartas le da a uno la impresión de encontrarse ante el monólogo, salpicado de silencios y de frases incoherentes, que ofrece una conferencia telefónica escuchada solamente desde uno de los extremos del hilo. No se oye más que la voz de Dom Guépin. Después, un corto silencio. Y, otra vez, la palabra torrencial del abad silense. Todos los esfuerzos que he llevado a cabo para localizar en el archivo silense las cartas de dom Gauthey han resultado infructuosos. Mientras las piezas del epistolario de dom Guépin han sido conservadas con cariño por los monjes marseleses, y siguen en perfecto estado de conservación, a pesar de las infaustas peregrinaciones que la República Francesa obligó hacer al archivo (de Marsella a Italia, de Italia a la Alta Saboya...); las cartas de dom Gauthey han desaparecido, o están traspapeladas en algún rincón que nadie conoce. ¿Las destruyó el mismo dom Guépin por un exceso de discreción? ¿Han sido destruidas a su muerte? ¿Están extraviadas entre los muchos papeles incontrolados del archivo? No podremos —por el momento, al menos— saber con exactitud la parte de influencia que el Rmo. Gauthey tuvo en el desarrollo de los asuntos silenses. No es difícil, con todo, intuir al hombre bueno y mesurado, frenando los impulsos del abad silense, y haciéndole ver en muchas circunstancias la parte negativa de la realidad de las cosas. También detrás del silencio, del hueco que nos dejan sus cartas, se puede adivinar otra cosa: el entusiasmo, la comprensión, las oraciones, y hasta la valiosa cooperación en metálico y en brazos, que nunca faltó a Silos, desde la abadía marselesa.

Pero vamos a conocer más de cerca a estos hombres.

a) Dom Alphonse Guépin (8)

Dom Guépin (Alphonse Guépin et Le Coniac) nació en Châteaux Quintín (Francia) el día 27 de octubre de 1836. Hizo sus primeros estu-

(8) El núm. 8 del año XIX del «Boletín de Silos» (junio de 1917) dedicado a la memoria de Dom Guépin, es una de las mejores fuentes para la biografía del ilustre abad. restaurador. En él escriben.

dios en un Colegio de PP. Paúles, y los continuó en el Seminario de Saint Briec y en Roma.

En 1858, después de vencer una seria oposición de su familia, abraza la vida monástica en la abadía de Solesmes. El día 21 de noviembre de este mismo año, a la edad de 22 años, toma el hábito de monje. El día 29 de junio de 1860, hace su primera profesión, y el día 14 de marzo de 1864, es ordenado sacerdote.

Dom Guépin era un esmerado publicista. Entre otras varias publicaciones destaco las siguientes:

— *Lettres á M. l Redacteur en chef du Journal de St. Petersbourg*». En estas cartas se nos revela un artista consumado en el manejo de arte epistolario, que vamos a tener ocasión de apreciar más adelante en las piezas que publicamos en el presente trabajo, aunque son de índole privada. En una de estas cartas abiertas dirigidas al redactor jefe del periódico «St. Petersbourg, estudia con cariño la figura del santo arzobispo de Polock, san Josafat Kuncewiz. Esta personalidad llega a apasionarle. Sigue estudiando con profundidad la silueta de este pionero greco-eslavo del ecumenismo, y en 1874 publica en París, después de serios estudios, su obra cumbre:

— «Un opotre de l'Unión des Eglises au XVII^e siècle, Saint Josa-

«Prior de Silos» (Dom Pierdait), «El Rvmo. Dom Ildefonso Guépin», pp. 338-344.

«A. Rojo, El P. Abad, devotísimo de Santo Domingo», pp. 357-358.

«T. O». (Timoteo Ortega), «La Prensa y el Rmo. de Silos», pp. 358-376.

En este trabajo se recojen artículos de:

«El Pueblo Cantábrico» (Santander), día 2 de mayo de 1917.

«Diario de Burgos» (Burgos) misma fecha.

«El Castellano», 2 de mayo de 1917.

Y se hace referencia a otros periódicos, que se ocuparon igualmente del asunto.

En Madrid: «El Universo», 2 de mayo de 1917— «El Debate», días 2 y 14 de mayo— «El Siglo Futuro», 2 de mayo— «La Correspondencia de España», 2 de mayo— «La Acción», días 2 y 13 de mayo.

En Bilbao: «La Gaceta del Norte». 4 de mayo— «El Pueblo Vasco», 3 de mayo— «La Tarde», día 4 «El Nervión», día 4— «Euzkadi», día 4 de mayo.

Además de otros de diversas regiones, como: «La Gaceta de Galicia» (Santiago de Compostela), día 4 de mayo— «La Voz de Castilla», día 13 de mayo— «El Pilar» (Zaragoza) semanario, etc.

Vid, art. cit., ib. pág. 373.

phat et l'Eglise gréco-slave en Pologne et en Russie», 2 volúmenes. Obra que tiene una gran acogida y que es inmediatamente traducida a diversas lenguas.

— En 1876: «Solesmes et Dom Guéranger».
«Description des Eglises abbatiales de Solesmes».

Unos años más tarde, publica en Bourges: «Panegírico de San Mauro», y en Poitiers: «Panegírico de San Martín».

En 1880, unos meses antes de llegar a Silos, «Centenario de San Benito» (Solesmes).

Los trabajos infatigables desplegados en la obra de la restauración de Silos, no son capaces de frenar sus actividades literarias. En medio de sus múltiples problemas y preocupaciones, encuentra tiempo para dedicarse a sus aficiones de publicista. Entre las diversas tareas que entrega a la imprenta estos días, merecen un puesto relevante:

— «Lettres a Mr. M. le Comte de Beaurepaire, sur une fête á l'Abbaye de Saint Dominique de Silos».

— «Restauration de l'abbaye de Silos,»

— «Lettres de la Vénérable Marie d'Agreda et du Roi Philippe IV»

— «Novísimo Santoral español» — «El Beato Pedro Urseolo» — «San García, abad de San Pedro de Arlanza» — «El Beato Pedro Castellanos».

Y en 1907: «De ratione Breviarii Romani Monastici emmendatione commentarium».

Una de las últimas publicaciones de Dom Guépin es la conocida obra «Dom Gueranger et Madame Durand, Souvenirs Monastiques d'après la correspondance de l'Abbé de Solesmes» (París, 1911).

Sería, sin embargo, un error craso querer enmarcar el retrato del polifacético Dom Guépin en el recuadro del escritor. Esta faceta, una más de su exuberante fisonomía temperamental, no refleja el filón más rico de este buen bretón. Donde Dom Guépin se revela un gigante es en sus cualidades puramente humanas: ingenio, simpatía, bondad innata... «Poesía —dice dom Pierdait— en eminente grado el don de gentes; sabía adquirir relaciones, trabar amistades, granjearse simpatías; su trato era encantador, y su conversación siempre interesante a la par que inagotable, por los conocimientos de personas y hechos que con-

servaba grabados en su memoria. No le faltaba iniciativa para emprender obras, ni acierto para llevarlas a feliz término» (9).

Pero es inútil intentar modelar su silueta, puesto que vamos a verle vivo, retratado con mano maestra por él mismo en todas líneas de su epistolario.

Desde un 15 de octubre de 1880, en que encaminó sus pasos a la abadía castellana, acompañado de dom Aubry, él llenó completamente de su presencia y de su fuerza avasalladora toda la obra de la restauración. Cuánto cambiaron las cosas durante los años que abarca este capítulo del epistolario que presentamos hoy:

Aquel día podía escribir: «Al ver tantos escombros, quedó espantado don Aubry, y creyeron imposible se pudiesen levantar jamás tantas ruinas, decidieron limitarse a reparar en la parte habitable del edificio algunas celdas que no tenían ni puertas ni ventanas...» (10).

Pero la obra se hizo.

«Es que por muchos años
con fuerza sobrehumana
trabajando como héroe
sin medida ni tasa,
regó con sus sudores
aquella tierra santa» (11).

Cantaba el P. José Antón el día de su muerte, 30 de abril de 1917.

Este es el autor de nuestra correspondencia inédita.

b) **Dom Gauthey**

Don Chistophe es una de esas figuras que se escapan a una percepción superficial. Su riqueza estaba encerrada con siete llaves en el fondo de su corazón tiernamente sensible. Su parte de silencio en la publicación de este epistolario, le cuadra de maravilla. El prefería de

(9) Art. cit, pág. 339.

(10) Boletín de Sílos, núm. cit. p. 360.

(11) Ib; p. 352.

ordinaria, escuchar, amar en silencio. En el noviciado solesmense fue la media naranja del fogoso fray Guépin. Sin embargo, entre ellos distaba todo un mundo. Dom Guépin era un hombre con los ojos abiertos, que captaba la vida y la mirada de Dios en todas las criaturas de este mundo. Dom Gauthey, con los ojos cerrados, oía la voz del Señor, en el roce suave de la brisa, en el silencio de la mañana, en el eco profundo de los latidos del corazón.

Artista de cuerpo entero, sensible, místico.

Quizá sea esta la mejor forma de retratarle. Su espíritu tuvo que madurarse en el dolor. Era frágil como una flor, pero duro y resistente como el amor.

A este hombre sólo puede retratársele a pinceladas.

Nosotros vamos a verle en las cartas en la abadía marsellesa.

Allí había llegado, desde Solesmes, el día 30 de octubre de 1865. Eran momentos difíciles para el pequeño priorato de rue d'Aubagne. La enfermedad diezmaba sus fuerzas, y las ocupaciones y trabajos se multiplicaban de día en día. En 1872 dom Gauthey fundaba una escolanía monástica.

Tal vez el detalle que mejor le retrata es el momento de su elección abacial.

El 4 de febrero de 1776, Pío IX firmaba el decreto «*Multa laetitia*», por el que erigía en abadía el pequeño priorato marsellés.

Dom Couturier se había reservado, en pleno secreto, el nombramiento del primer abad. El día 4 de abril, convocaba a la comunidad en reunión capitular, sin que nadie supiera, ni siquiera sospechara, sus intenciones con respecto al nombramiento abacial. Se pensó por un momento que el abad solesmense iba a nombrar o mejor transferir a Marsella al abad de Ligugé, que le acompañaba en esta ocasión. No fue así. El elegido era: Jaime Cristóbal Víctor Hugo Gauthey. Nadie se levantaba. No. Cristophe interrogaba con su mirada buscando al nuevo elegido. ¿Quién era ese Jaime Cristóbal Víctor Hugo? El abad solesmense tuvo que insistir: «*Dom Gauthey c'est vous*». Primero, un gran gesto de extrañeza, y luego, un llanto copioso, *estalló en gemidos y sollozos; era una escena capaz de des

garrar el más duro de los corazones», escribía el mismo Don Couturier al Cardenal Pitra (12).

Este era dom Gauthey.

Pablo VI, que lo conoció muy de cerca en Chiari, profesaba por él — sigue profesando — una profunda veneración. En diversas ocasiones ha recordado, siendo Papa, al «santo Padre Gauthey» (12 bis)

El buen abad marsellés murió en el destierro italiano de Chiari. Nunca más volvería a ver su dulce monasterio de rue d'Aubagne.

CARLOS MARIA LOPEZ

Monje de Leyre

(Continuará)

(12) Bulletin de l'Abbaye d'Hautecombe, núm. 62, p. 67.

(12 bis) Pablo VI conoció a Dom Gauthey en Chiari (Italia) cuando la comunidad marsellesa estaba exilada. Juan Bautista Montini era entonces seminarista. Pasaba largas temporadas con los monjes franceses que hicieron impacto en su vida, pensó incluso varias veces muy seriamente si el Señor no le llamaba a la vida monástica, Dom Gautéy y dom Chauvin le hicieron ver con claridad su vocación al apóstolado dentro del clero secular. Años más adelante, recordando aquellos días escribía el sacerdote Montini: «Siempre pienso con cierto deseo en la paz y en el fervor de vuestra vida».

(Arch. Hautecombe, carta a Dom Chauvin, 28 agosto 1921).

La figura de Dom Gauthey se le quedó hondamente gravada:

«Era en tiempos de mi juventud —decía a Monseñor Lallier, arzobispo de Marsella, el día 4 de marzo de 1964— Pensaba en el sacerdocio y me preparaba para él. Conocí mucho a Dom Gauthey, abad en aquella época. Y sobre todo, he rezado muchos ratos con los monjes. Me veo ahora, sólo con ellos, al anochecer, durante el canto de completas... Ellos gravaron una huella profunda en mi vida».

(Arch. de Hautecombe, carta de Mr. Lallier).

El abad Gauthey murió en 1920, el año que Pablo VI era ordenado de sacerdote. En aquella época escribía a Dom Chauvin: «Participo con vivo dolor y cierta emoción filial en el duelo del monasterio. Monseñor Gauthey era una de las personas que llevan en su fisonomía los rasgos del largo trabajo interior y de la bondad paternal que nos hacen experimentar a todos confianza y admiración. El Señor no dejará de coronar una vida tan noble y tan ejemplar con la recompensa de su paz. Será para mí un deber de conciencia acordarme de él en mis oraciones, recordándome de la gentileza amable y, sin embargo tan digna, de que he tenido tantas veces la dicha de gozar». (Arch. de Hautecombe).

Dom Laure ha escrito una reseña de Dom Gauthey. En 1943, al recibirla, escribía Mr. Montini: «He recibido con gran placer esta biografía de un abad de quien he guardado tan profundo recuerdo».

(Arch. Hautecombe; correspond. de Dom Laure).